



REVISTA DE DIFUSIÓN ACADÉMICA

ISSN 2718-6318

Año III | Número 10 | Junio 2022

La Revolución francesa y la necesidad de politizar la lengua

Norma Loto¹

normaloto@gmail.com

¹ Magíster en Periodismo y Comunicación Social, Universidad Nacional de La Plata. Profesora Asociada de la Cátedra Periodismo de Investigación y Estudio de Casos de la Licenciatura en Comunicación Social de la Universidad de San Isidro (USI).

Que la Revolución francesa fue un acontecimiento que cambió los paradigmas sociopolíticos, es incuestionable. Sin embargo, uno de los aspectos menos estudiado de aquel hito son sus aportes lingüísticos. Por empezar, la escritura dejó de ser un privilegio de cierta elite.

Hubo una revolución lingüística y así lo remarca el historiador, François Furet cuando subraya que los discursos, mociones y periódicos, por entonces, dejaron de estar destinados prioritariamente a la gente instruida, sino que se someten al arbitraje del “pueblo”. La Revolución libera las palabras, da origen a “un lenguaje y una sociedad. O más bien, funda una sociedad a través del lenguaje: lo que se llama una nación”.

Por su parte la investigadora, Nathalie Hirschsprung evidenció el surgimiento de una lengua civil, “una lengua republicana, basada en la gramaticalización de la lengua francesa, aparece explícitamente como la expresión de la soberanía popular, como la condición de la comunicación de los ciudadanos entre sí y con el Estado, en los debates de las asambleas, los informes de las comisiones y en la organización del nuevo sistema escolar”.

La Revolución francesa trajo como aporte lo que hoy conocemos en política como “izquierda” o “derecha”, y esto se origina a causa del lugar de la sala donde se sentaban los representantes más revolucionarios (izquierda) y los conservadores (derecha). A la vez que la palabra “revolución” que si bien su semantización hacia la política, se inició con la Revolución Industrial en el siglo XVII pero es a partir de 1789 cuando se afianza en ese sentido. Antes de esto, era un término vinculado a la astrología con el libro de Copérnico, *De Revolutionibus Orbium Celestium* de 1543. La palabra también estaba ligada a lo biológico.

Una revolución sin ciudadanas

Pero la proclama *Liberté, Égalité, Fraternité* tuvo sus falencias. Es que a pesar de que las mujeres participaron en diversos acontecimientos de aquel momento histórico, como fue la toma de la Bastilla, la lucha contra la hambruna, la ofrenda de joyas a la Asamblea Nacional, o la marcha hacia Versalles, ellas no fueron beneficiarias de la pregonada igualdad.

La historiadora Liliana Vela subraya que el sujeto de aquella revolución fue el hombre ilustrado, “es él quien será en adelante libre y autónomo. Sólo el hombre está inscripto en el orden político, siempre que sea propietario. El derecho de propiedad se extiende sobre las mujeres mismas y hacia todo aquel que sea subalterno de otro”.

Continuando con las investigaciones de Nathalie Hirschsprung, la carga semántica de la palabra ciudadanas refiere que en algún momento de la revolución fue lo opuesto a mujer: “Los textos permiten darse cuenta de que ‘ciudadana’ tiene en la mayoría de los casos una carga positiva con relación a ‘mujer’. Las militantes prefieren llamarse ciudadanas antes que mujeres. Las integrantes del Club de Mujeres parisino se llaman a sí mismas ciudadanas republicanas, mas no mujeres republicanas revolucionarias, como las llaman los hombres”.

En tanto que el escándalo no fue menudo frente al pedido de derechos políticos por parte de las mujeres. Hirschsprung relata que “el deseo de numerosos revolucionarios radica en no dejar que las mujeres se adentren en la esfera política. Lejos de negarse a emplear el término “ciudadana”, se lo apropian, dándole un significado radicalmente opuesto al de “ciudadano”: la mala mujer, que le hace daño a la revolución”.

Aquella, fue una época donde se era ciudadana porque se era familia de un ciudadano. Ciudadana era apenas un calificativo que venía de la mano del matrimonio, o por la consanguinidad.

Durante las discusiones de la Convención Nacional, el diputado Pierre Marie Guyomar remarcaba: “O bien la libertad y la igualdad pertenecen a los dos sexos, o la inmortal declaración de los derechos tiene una mortal exclusión”. Y sigue: “Si la nación está únicamente compuesta por hombres, la calificación de ciudadana es ridícula, quítenla. Toca llamarlas esposas, hijas de ciudadanos, y no ciudadanas. O quitan la palabra, u otorgan la cosa (ciudadanía)”.

La exhortación última de Guyomar (quitar la palabra o dar la ciudadanía) no la dice porque avizoraba postulados a favor de las mujeres. Más bien, como sostiene

Vela apuntaba a una “una concepción demográfica de la democracia, ya que suma a la “otra mitad” que a su vez dará nuevos hijos a la Patria”.

Había quedado claro que ciudadanos era un concepto poblado por unos pocos y ciudadanas un campo vacío de derechos.

La Declaración de los Derechos, fue para algunos hombres

La batalla léxica de la revolución quedó registrada en algunos panfletos que datan de 1789 a 1890 y uno de esos llevaba el título de *Lábus des mots* (el abuso de las palabras), su objetivo era el de evidenciar cómo algunas palabras eran empleadas para someter al pueblo. Una de esas publicaciones, exhortaba: “Cuidémonos, pues, ciudadanos, de no dejarnos engañar por las palabras cuando el poder ejecutivo ha llegado al colmo de imponernos el sentido de ciertas expresiones (...) nos cargará de cadenas hablándonos de libertad”.

Pero, estas arengas no se convirtieron en hechos. En este sentido, la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano de 1789, aprobada por la Asamblea Nacional Constituyente establece derechos fundamentales de los ciudadanos, aunque no se refiere a la condición de las mujeres o la esclavitud.

Tras acaloradas batallas; en septiembre de 1791 la escritora y panfletista Olimpe de Gouges (1748-1793) redactó la Declaración de los Derechos de la Mujer y la Ciudadana, que tuvo el objetivo de cambiar el rol político de las mujeres. El epílogo de la mencionada Declaración evidencia la tiranía revolucionaria al no haberles otorgado derechos políticos. “Oh, mujeres! ¡Mujeres! ¿Cuándo dejaréis de estar ciegas? ¿Qué ventajas habéis obtenido de la revolución? Un desprecio más marcado, un desdén más visible. [...] Cualesquiera sean los obstáculos que os opongan, podéis superarlos; os basta con desearlo”.

En el punto 10 de la Declaración dice: “si la mujer tiene el derecho de subir al cadalso, debe tener también igualmente el de subir a la Tribuna con tal que sus manifestaciones no alteren el orden público establecido por la Ley”. El destino de Olimpe fue el cadalso porque terminó siendo guillotizada por ser opositora a las políticas de Robespierre.

Fue en abril de 1793, cuando Charles-Gilbert Romme, miembro de la Convención Nacional, define a Ciudadano/a: "cada hombre, de un sexo u otro, que cuando alcanzase la edad madura, tuviese derecho de unirse al cuerpo social para entonces volverse ciudadano".

Lo cierto es que más allá de las discusiones las mujeres en la Revolución nunca fueron ciudadanas plenas. En lo social la igualdad fue restringida para unos pocos y la pelea no solo se dio en lo político sino en lo lingüístico.

Hubo que especificar, definir, evidenciar y politizar el lenguaje porque el Hombre de la revolución no eran todos los hombres y las ciudadanas no tenían derechos políticos.

Pero antes, mucho antes

Según los aportes de la periodista mexicana, Sara Lovera en su artículo 'La lengua vehículo del pensamiento', da cuenta que, en la Edad Media, en Francia la forma masculina no se consideraba suficiente para dirigirse a hombres y mujeres en los discursos pregonados en las plazas públicas. Se decía 'iceux et icelles' [aquellos y aquellas] así como 'tuit et toutes' [todos y todas]. Por entonces, era correcto decir 'mairesse' [alcaldesa] en el siglo XIII; 'commandante en chef' [comandanta] e 'inventeuse' [inventora]; en el siglo XV; 'lieutenant' [tenienta] en el siglo XVI; 'chirurgienne' [cirujana] en 1759.

Lovera, enfatiza que la jerarquía que hoy se discute por el uso del género masculino para designar a las personas de ambos sexos se remonta al siglo XVII, cuando en 1647, el gramático francés Vaugelas declara que: "la forma masculina tiene preponderancia sobre la femenina, por ser más noble".

La igualdad no era tal y se tuvo que caminar un largo y sinuoso camino hasta que las mujeres fueron concebidas como ciudadanas. Antes de que fuera a la guillotina Olimpe de Gouges, los jacobinos declararon ilegales todos los clubes y todas las asociaciones de mujeres, y un representante del Comité de Salud Pública manifestaba que no era parte de la naturaleza de las mujeres tener pensamientos elevados.

Además, la comuna de París prohibió a las mujeres la entrada a sus sesiones. En el discurso que iba a convencer a la Comuna de votar la exclusión de las mujeres por unanimidad.

El código Napoleón de 1804, un conjunto de leyes civiles que pretendía otorgar estabilidad política a los cambios revolucionarios de 1789. condenaba a las mujeres a la incapacidad legal. Luego, el gobierno revolucionario provisional de la segunda revolución de 1848 se negó a dar a las mujeres el derecho al voto y decreta que las mujeres no pueden afiliarse a los clubes, ni siquiera ayudarlos.

Sin dudas, la ciudadanía de las mujeres fue muy pelearla y tuvo que ser impregnarla de sentido político. Si bien no surtió efecto inmediato, el devenir de la humanidad no pudo desconocer que ser ciudadanas implica derecho a la ciudadanía. La *igualete* fue solo un eslogan hasta un siglo después, cuando en 1944 las francesas consiguieron el derecho a votar y ejercer todo derecho político.

Bibliografía

Furet, F. 1978 Pensar en la Revolución francesa Ed. Petrel

Hirschsprung, N. El vocabulario de la Revolución francesas. de la rev francés Repositorios de la Universidad de Los Andes. Depto. de Lenguas Modernas

Vázquez Reyna, N. La importancia de nombrarlas: escritoras guatemaltecas. En: <https://casiliteral.com/malabares-amalgamas/la-importancia-de-nombrarlas-escritoras-guatemaltecas/>

Vela, L. Libertad y espacio público en el pensamiento filosófico ilustrado y moderno, o la ciudadanía negada a las mujeres, Revista Confluencia.